

con todo género de armas, denominando siempre bandidos á sus caudillos, gavillas á las tropas insurgentes y causa de Dios á la causa realista. En esta campaña contra la patria, en que alguna vez se encontró de cara con el Cura Hidalgo, hizo ostentación de su carrera militar hasta el grado de *santificar el Viernes Santo de 1813 haciendo descender á los profundos abismos como á trescientos y cincuenta miserables excomulgados.*

Si Iturbide no hubiera tenido la fortuna de morir trágicamente, su recuerdo no pasaría de los recintos de la Catedral el día 19 de julio de cada año.

El lector, al recorrer éstas páginas, reparará en alguno que otro error, que por ser muy notorio, luego lo echará de ver y enmendará, y en algunas frases denigrativas para Hidalgo y los suyos y para México. El tiempo y la historia han rectificado estas frases: Hidalgo simboliza la patria y México es una república ejemplar en la América Latina.

México, Enero 16 de 1906.

ANGEL POLA

## AGUSTIN DE ITURBIDE

### I

#### Prólogo

Al leer el título de esta obra, habrá tal vez quien murmure el nombre ó los nombres de algunos personajes contemporáneos. Protesto de estas aplicaciones, como ya he protestado de ellas en las Cortes españolas. Móviles tan mezquinos no guían mi pluma. Confieso, sin embargo, que de haber tenido tiempo á mi disposición, y, sobre todo, de haberme sentido con fuerzas, habría acometido la audaz empresa de hacer un paralelo entre la revolución iniciada en México por Iturbide y la última revolución española iniciada en las playas de Cádiz. Tácito describía la ingenua sencillez, el fiero amor á la libertad y las virtudes primitivas de los germanos para dejar en aquel cuadro inmortal una sátira del refinamiento, de la decadencia y de los vicios de Roma. Mirabeau, cuando escribía su gran



obra sobre la monarquía prusiana y hacía una exposición tan admirable de sus principios en materias de Administración y de política, de legislación y de Hacienda, hablaba de Prusia, es cierto, pero tenía la mente puesta en Francia. También en nuestros días, Mr. Beulé, del Instituto, ha recordado en páginas elocuentísimas la austera verdad de la historia sobre Augusto y sobre Tiberio, menos para abominar de estas muertas tiranías, que para presentarlas como semejanzas del imperio levantado en su patria que viene á considerarse tan corrompido como el de Augusto y tan cruel como el de Tiberio. Pues bien, confieso que yo, pobre escritor, á quien el fervoroso patriotismo que en su pecho palpita inspira altísimos propósitos que la menguada condición de su inteligencia no le consiente realizar, desearía que alguien en mi pobre patria, con la riqueza de entendimiento y de fantasía que á mí me falta, siguiendo las nobles, las luminosas, las inmortales huellas de Tácito, de Mirabeau y de Beulé, estudiara las facies diversas de la revolución mexicana, que tantas armonías y consonancias guarda con la nuestra, y presentara á todos con vendedora elocuencia y con claridad terrible el abismo á que caminamos, que nos atrae, que nadie evita y que puede fácilmente devorar á España. Nosotros, después de Alcolea, hemos podido realizar una revolución admira-

ble, sólo con imitar el espíritu práctico de los ingleses, sólo con seguir su gran ejemplo de 1868, sólo con que nuestra Asamblea Constituyente hubiera copiado al pie de la letra el acta del Parlamento inglés cuando declaró la caída de Jacobo II, sin empeñarnos en temeridades, en anticipar los tiempos y en arraigar ideas abstrusas, para las cuales no están los espíritus suficientemente preparados, llamando á las muchedumbres á la práctica de unos deberes y al ejercicio de unos derechos que no comprenden y que traen la anarquía en los hechos como consecuencia indeclinable de su falta de educación. Quizás en la hora del desengaño, cuando el desorden moral y material amenace y se extienda por todos los ángulos de la Península, los hombres de buena voluntad se recojan en su conciencia y hagan al fin lo que no se hizo en el momento fugitivo del entusiasmo. Si también se pierde ese momento, *Lasciate ogni speranza*, la revolución española está perdida, y la grave, solemne, tremenda crisis por que hemos pasado, pudiendo ser regeneración, aurora, vida, porvenir, será decadencia, crepúsculo, agonía, muerte. Nuestra semejanza con México será completa entonces, cosa que no nos asombrará, porque, después de todo, el fenómeno no tiene mucho de extraño. Los hijos y los padres es natural que se parezcan; son los unos reproducción en carne y en es-



píritu, material y moral de los otros, prolongación de la raza latina y de la familia española en la cadena de los tiempos. México es la España de América. España será el México de Europa.

Dichas estas palabras, que pudieran servir de prólogo sin dificultad alguna, hablemos ya de nuestro héroe, hablemos de Iturbide.

## II

### Nacimiento y primeros pasos en la vida pública

Nació Iturbide el 27 de Noviembre de 1783 en Valladolid de Michoacán (1). Fueron sus padres D. José Joaquín de Iturbide, español, natural de Pamplona, y D.<sup>a</sup> Josefa de Aramburo.

(1) En la ciudad de Valladolid, en primero de Octubre de mil setecientos ochenta y tres el Sr. Dr. D. Joseph de Arregui, Canónigo de esta santa Iglesia Catedral, con mi licencia, exorcisé solemnemente, puse oleo, baptizó y puse crisma, á un infante español que nació el día veintisiete del próximo pasado Septiembre; al cual puse por nombre; Agustín, Cosme, Damian, hijo legítimo de D. Joseph Joachin de Iturbide y de D.<sup>a</sup> María Josefa Aramburo. Abuelos paternos D. Joseph de Iturbide y D.<sup>a</sup> María Josefa Arregui; maternos D. Sebastian de Aramburo y D.<sup>a</sup> Nicolasa Carrillo; fué su padrino el Reverendísimo Padre Provincial de la Provincia de San Nicolas Tolentino de Michoacan Fr. Lucas Centeno, á quien amonesté su obligación. Y para que conste lo firmé.—D. Joseph Peredo.—Joseph de Arregui.—(rubricados).—N. del E.

buru, mexicana, que pertenecía á una antigua y noble familia del mismo Valladolid. En el nacimiento y en los primeros instantes de la existencia de Iturbide, se vieron algunos de esos signos, que no por ser naturales ó hijos de la casualidad, dejan de ser mirados por el vulgo como anuncios de predestinación. El parto que lo dió á luz fué muy laborioso, y al cuarto día, cuando se daba casi por muerta á la madre y por perdido el feto, aquella se acogió con fervor á la intercesión del P. Fr. Diego Baselenique, uno de los fundadores de los Padres Agustinos de la provincia, cuyo cadáver momificado se conserva en el presbiterio de la iglesia de San Agustín en Valladolid, y á quien se adora por santo; trájosele, además una reliquia de este beato, la capa que el buen Padre usaba y guardaba el convento con piedad suma; de modo que, habiendo dado á luz un niño con toda felicidad, se le puso en la pila bautismal el nombre de Agustín. A los once meses parece que el niño conservó también la vida como por milagro. Cuéntase que, habiendo puesto una criada indiscreta una luz cerca del pabellón que cubría la cuna en que dormía el niño, se incendió aquél, y habiéndose comunicado el fuego á los cordones que sostenían la cuna, el niño, con feliz instinto, se asió con fuerza del único que quedó ileso y salvó la vida.



Estudió Iturbide las primeras letras en su pueblo natal, y gramática latina en el Seminario Conciliar del mismo. Después, muy joven aún, se dedicó á cuidar los intereses de su casa, de tal manera, que á los quince años estaba al frente de una de las mejores fincas de su padre. Esto no obstante, y siguiendo la costumbre de las familias distinguidas del país, con cuyos individuos se constituían las milicias indígenas, entró á servir como alférez en el regimiento de infantería provincial de Valladolid cuando lo mandaba como coronel el Conde de Casa Real. Casó á los veintidós años con doña Ana María Duarte, de una acomodada y noble familia del mismo Valladolid, y poco tiempo después de su matrimonio salió con su regimiento con dirección á Jalapa, para asistir á las maniobras militares que debían ejecutarse, en presencia del virrey Iturrigaray que se había alojado en las inmediaciones de aquella villa.

Cuando Iturrigaray fué depuesto de su alto cargo en la capital de México por consecuencia de la poca confianza que inspiraba á los europeos en los instantes en que llegaron á Nueva España las noticias de los sucesos que ocurrían en nuestro país por el comienzo del siglo, que tanto podían influir é influir en nuestras posesiones americanas, Iturbide se encontraba en dicha capital siguiendo un pleito en aquella audiencia, y

aunque se cuenta que desaprobó altamente la prisión de Iturrigaray, el nombre de Iturbide apareció entonces por primera vez en los periódicos como el de uno de tantos oficiales del país que ofrecían sus servicios al nuevo gobierno, y después siguieron sin vacilación la bandera española contra la de Independencia, alzada por el cura Hidalgo en el pueblo de Dolores.

### III

#### Iturrigaray y la independencia

La caída de Godoy y la proclamación de Fernando VII, con los sucesos que por entonces ocurrieron en la metrópoli, tuvieron grande y dolorosa repercusión en los dominios españoles allende el Atlántico. Mandaba en Nueva España como virrey Iturrigaray, hechura de Godoy, y como tal sospechoso á los mismos españoles que, aún en tan lejanos países, odiaban también al criminal favorista. No se había grangeado Iturrigaray hasta entonces ni el respeto de los naturales, ni las simpatías de los españoles; antes por el contrario, atento solo á satisfacer la voracidad de Godoy y la propia, ni los unos ni los otros estaban de él enamorados, de suerte que, cuando supo la caída de su fa-



vorecedor y temió la suya, quiso buscar por todos los caminos el modo de mantenerse en su puesto. Buscó el arrimo de los naturales, quizá porque creyó en la disolución de España, habiendo caído sobre ella Napoleón con todo su poder, y los criollos, ávidos de levantarse prepotentes sobre el elemento peninsular, como ocurrió por entonces en todas las demás posesiones americanas y ocurrirá eternamente en casos de esta especie, hallaron propicia la ocasión para realizar sus fines, y se dedicaron á lisonjear al Virrey en todo, y más aún á su esposa, que dominaba en su ánimo, y llegó á abrigar altas aspiraciones que la adulación despierta fácilmente en imaginación de mujer y fueron la perdición cierta de su marido.

Quiso el Ayuntamiento de México gobernar el país durante el cautiverio de Fernando VII, exponiendo «que el derecho de soberanía había recaído en el pueblo, á quien dicho cuerpo representaba, y que habían de cesar todas las autoridades en su ejercicio hasta que hubieran recibido nueva investidura; y el Virrey, que no veía con malos ojos esta propuesta, y de quien se sospechaba que estaba de acuerdo con sus promovedores, si bien anduvo vacilante algunos días por la resuelta actitud de la Audiencia, contraria á esta medida, al fin resolvió constituir una junta en que tuvieron representación euro-

peos y americanos, formando de ella parte los oidores y Alcaldes de Corte.

La nueva junta dió pocas muestras de sí, limitándose á decretar la pronta jura de Fernando VII, que se llevó á efecto en 19 de Agosto de 1809; pero en cambio, si gobernaba poco por el dualismo que había en su seno de europeos y americanos, nutría las divisiones y los enconos entre criollos y españoles. Victoreábase á Iturrigaray; pero los que tal hacían, era como para buscarse la impunidad al insultar á los blancos, y aunque en la capital y en las provincias se recibió con entusiasmo la proclamación de Fernando VII, el Virrey parecía como que repugnaba reconocer el Gobierno de la metrópoli, pretextando que, dada la multiplicidad de poderes creados en la Península para rechazar la invasión francesa, no se podía averiguar cuál era el legítimo.

En esta situación, siempre aconsejado de algunos naturales ansiosos de novedades, ó que conspiraban por la independencia, quiso reunir Iturrigaray una especie de Congreso en donde estuvieran representados los pueblos del Virreynato; pero la Audiencia, y sobre todo el Auditor de Guerra, D. Miguel Battaller, combatieron enérgicamente este proyecto, como encaminado á producir la independencia. Irritóse el Virrey; quiso hacer dejación de su mando y al saber que el Real



Acuerdo se disponía á admitir esta renuncia, los individuos del Ayuntamiento, que creyeron perdida su causa con esto, consignieron de Iturrigaray que no llevara á efecto su dimisión, y le alentaron para que se echara por completo en sus brazos y procediera vigorosamente contra los europeos, para lo que el Virrey dispuso reforzar la guarnición de la capital.

Había, pues, sobre el antagonismo tradicional entre criollos y europeos, verdadera animosidad entre Iturrigaray y sus compatriotas los españoles, á quienes trató con áspero desvío, cuando sin su patriótico y activo concurso era imposible de todo punto conservar aquel rico florón engastado en la corona de España en momentos tan angustiosos y solemnes. Unos y otros fatigaban las manos escribiendo á la madre patria contra los que consideraban antagonistas, y la pobre España, que harto hacía con dar ejemplo á la acobardada Europa de dignidad y de heroísmo resistiendo á Napoleón, veía amontonarse aquellos conflictos en las regiones americanas con la desesperación de la impotencia. Situación tan crítica en México tuvo su desenlace; puestos de acuerdo los europeos, depusieron al Virrey, y el que dirigió la conspiración, D. Gabriel de Yermo, persona riquísima y de gran autoridad entre los españoles, pudo evitar la efusión de sangre, y además dió una

brillante prueba de patriotismo, muy rara en conspiradores, de no querer tomar parte alguna en el nuevo poder que se creaba, depositado íntegramente en manos del mariscal de campo D. Pedro Garibay, así como renunció los premios que luego se le dieron, sosteniendo á España, á veces con riesgo de su vida, y siempre con gran perjuicio de sus intereses.

Es cierto que la prisión de Iturrigaray era un golpe terrible para el principio de autoridad, cuyo mantenimiento era de importancia tan decisiva en América; pero de no haber salido los españoles al encuentro de los propósitos que aquel abrigaba, el Congreso se habría reunido y habría ocurrido lo que pasó en análogas circunstancias en Buenos-Aires, en Santa Fe y en Caracas; el Congreso habría depuesto al mismo Virrey que lo convocó, y habría rehusado reconocer á cualquier gobierno establecido en España que no fuera el de Fernando VII, y esto sólo porque se tenía por seguro que no saldría nunca del poder de Napoleón (1). Consciente ó inconscientemente, si la Audiencia quería la unión á toda costa de México con España, aunque se hubiera arraigado aquí la dinastía de José Bona-

(1) Seguimos en esto, como en otras muchas cosas de esta obrita, al excelente y verídico historiador de México, Sr. D. Lucas Alamán, ministro que ha sido de la República Mexicana.



parte, como ocurrió durante la guerra entre la Casa de Austria y la de Borbón, Iturrigaray y los suyos, hablando mucho de Fernando VII, tendían á la independencia y procuraban su completa emancipación de la metrópoli. Una amnistía de la Regencia de Cádiz absolvióle de toda culpabilidad por el delito de infidencia; pero no la fama entre los españoles y el juicio severo de la historia. No salió tan bien de la causa de residencia en que fué condenado por varios fraudes y por gratificaciones que él ó su mujer aceptaron por concesión de empleos y gracias. Por cierto que su mujer y sus hijos, cuando se fué á cumplir la sentencia, emancipado México ya de España, pasaron á América y solicitaron que no se diese á ella cumplimiento, haciendo valer los méritos que su marido y padre habían contraído, siendo el primer autor y promovedor de la independencia. Así, aquella mujer, que aceptaba de sus criados el tratamiento de magestad, cuando soñaba con ser Reina; y sus hijos que tanto aprovecharon las debilidades del padre por su familia, deshonoraron la memoria de Iturrigaray y hacen presumir fundadamente que quiso ser traidor á su patria.

## IV

## Venegas

Ni Garibay, que accidentalmente desempeñó el gobierno en aquellas circunstancias, débil anciano que había de ser el juguete de los partidos, ni el arzobispo de México Lezama, que por su carácter era imposible que tuviese aquellos arranques de energía que reclamaba su puesto en aquellas circunstancias, ni el mando colectivo de la Audiencia que necesariamente había de carecer de unidad en sus pensamientos y de vigor en sus actos, podían evitar que viniese una catástrofe sobre Nueva España, ahogando los gérmenes de independencia y discordia sembrados en tiempo de Iturrigaray. Gracias que, cuando la catástrofe vino y empezaron á desarrollarse estos gérmenes con el grito dado por el cura D. Miguel Hidalgo en Dolores, llegó á México Venegas, nombrado Virrey por la Regencia de Cádiz, soldado valeroso, formado en las primeras campañas de nuestra guerra de la Independencia, y cuyo patriotismo, del temple de aquella generación varonil del año 12, no había de retroceder ante ningún obstáculo, ni acobardarse ante ninguna de las sangrientas vicisitudes de aquella crisis tremenda.

No entra en nuestro propósito dar á cono-



cer aquella revolución tan repugnante como horrible, en que indignos sacerdotes convirtieron la imagen inmaculada de la Virgen en estandarte de guerra. La historia de las revoluciones, dolorosamente fecunda en toda clase de horrores y crímenes, nada registra que pueda compararse á esta revolución parricida y sacrilega que no tenía más plan ni más medio de propaganda, ni más elementos de triunfo que el incendio y el saqueo, los robos y los asesinatos. La vista se aparta con horror de aquellas hecatombes continuas, y el ánimo se asombra de que una República que quiere pasar como gobierno civilizado, haya querido reivindicar tan menguado origen, cuando al estallar aquella revolución, no hubo mexicano en quien quedasen, no ya honor y vergüenza, sino sentimientos humanos, que no se pusiese al lado de los españoles contra los caribes que proclamaban la independencia. (1) Quien nos juzgue exagerados ó acaso influidos por el noble sentimiento de la patria como españoles, que no nos crea á nosotros: lea á los escritores americanos, lea la historia de Alamán, mexicano y ministro que ha sido de aquella República, y nos dará la razón.

(1) Hay que tener en cuenta, para explicarse este impropio lenguaje, que el autor es español y que una de las fuentes de sus datos es el historiador Alamán, primer denigrante de la magna obra del virtuoso Cura Hidalgo.—N. del E.

Por nuestra parte, sin entrar á referir las varias peripecias de aquella revolución, daremos cuenta sumariamente de los hechos, de armas en que tomó parte Iturbide contra los insurgentes de su propio país y en favor de España.

#### Iturbide en la batalla del Monte de las Cruces.

Pocos días bastaron á Hidalgo para extender su movimiento de una manera formidable: había entrado á saco ciudades importantes como Guanajuato, capital de la provincia minera más rica de México, penetrado y dominado en Valladolid, fundido cañones, organizado fuerzas regulares de ejército, extendido el fuego de la rebelión entre las tribus indias, allegado muchedumbres inmensas de combatientes, bien que sin organización y mal armados. Fanatizados los indígenas por el caudillo de la insurrección que prometía á los vivos el repartimiento de bienes de los gachupines, y á los muertos la gloria del cielo en nombre de la Virgen de Guadalupe, que proclamó patrona de los rebeldes, haciendo creer que los europeos querían entregar el país al francés, y que él batallaba por Fernando VII, á quien creían muchos que llevaba en el coche, tomando por tal á una bella joven vesti-



da de hombre que acompañaba á Hidalgo en todas sus correrías, los indios se precipitaban á millares en el campo de la insurrección.

Con 80,000 hombres bajo su mando, Hidalgo, proclamado generalísimo, amenazaba á México, después de saquear y asesinar á los infinitos españoles que cayeron en su poder en las ciudades que tomó ó en los pueblos que se le entregaron sin resistencia. Temíase que aquel torrente furioso todo lo llevase por delante con su arrollador ímpetu; no se creía que hubiera dique bastante fuerte que se le opusiese. Venegas, el nuevo Virrey, que apenas instalado en el mando y sin conocer el país, se veía con aquel conflicto encima, expidió órdenes apremiantes para improvisar un ejército con que resistir, y fortuna fué que, aún sin haberlas recibido, y á la primera noticia que tuvo del movimiento, el brigadier Calleja, comandante general de la brigada del Potosí, empezara á reunir las mermadas fuerzas que tenía bajo su mando, y con las cuales se formó el único reducidísimo ejército que podía oponerse á la avalancha, al parecer irresistible, que la mano de un clérigo disoluto (1), improvisado guerrero, lanzaba ya sobre la capital de México.

Hidalgo no quiso habérselas con este pequeño núcleo de fuerzas regulares, y obrando

(1) Al contrario, fué todo virtud.—N. del E.

con prudencia y con audacia al mismo tiempo, prefirió dirigirse á la capital, en la confianza de que, sin tiempo y sin medios el Virrey de organizar una resistencia, podría penetrar en ella á favor de sus inmensas masas y antes de que viniese á socorrerla el animoso Calleja con su improvisada columna de operaciones. No contaba Hidalgo con la varonil entereza del nuevo Virrey, quien destacó á un español que trujo consigo, el teniente coronel D. Torcuato Trujillo, con poco más de mil hombres de tropas hispanas y abigarradas, para que detuviera á los insurgentes en su marcha, escribiéndole para infundirle aliento estas inmortales palabras: «Trescientos años de triunfos y conquistas de las armas españolas en estas regiones nos contemplan; la Europa tiene sus ojos fijos sobre nosotros; el mundo entero ve á juzgarnos; la España, esa cara patria, por la que tanto suspiramos, tiene pendiente su destino de nuestros esfuerzos, y lo espera todo de nuestro celo y decisión. Venecer ó morir es nuestra divisa. Si á Vd. le toca pagar este tributo, creese cuanto tendrá la gloria de haberse anticipado á mí en pocas horas en consumar tan agusto holocausto; yo no podré sobrevivir á la mengua de ser vencido por gente vil y fementida.»

Trujillo fué un héroe, un verdadero héroe que en esta ocasión midió la altura de Leonidas, defendiendo aquí un fuerte, allá el



vado de un río, hostilizando siempre á las huestes contrarias, desplegando guerrillas con sumo acierto, replegó al fin todas sus fuerzas sobre el Monte de las Cruces que domina el camino de México, por donde venía Hidalgo. Colocó los dos únicos cañones que tenía, mandados también por un español, el teniente de navío D. Juan Bautista de Ustariz, en posición ventajosa y sin empeñar la acción hasta tener á los rebeldes encima, para aprovechar mejor la metralla de su escasa artillería, que ocultó con ramaje, desordenó y barrió con los primeros disparos toda la cabeza de la columna enemiga. Retrocedió ésta, no intentó la infantería nuevo ataque, y empezó Hidalgo á hacer uso también de sus cañones, al mismo tiempo que Trujillo dispuso un movimiento por ambos costados, atacando la derecha de los insurgentes el español Bringas con escasas tres compañías, y la izquierda el mexicano Iturbide, que por primera vez asistía á una función de guerra. Este se condujo con inteligencia y serenidad, rechazando con sus fuegos al enemigo, que trataba de apoderarse del monte que él debía ocupar y ocupó, bien que luego, herido Bringas en el opuesto lado, y frustrado el designio de Trujillo, tuvo que replegarse.

No podían avanzar los insurgentes por el camino real, bizarramente defendido por D. José de Mendivil, el jefe del regimiento de

infantería de Tres Villas, único que entró en acción, y quisieron rodear, al abrigo de los bosques y á favor de sus masas, la posición que ocupaba Trujillo, pero éste no perdió en ningún momento su serenidad, los dejó acercar más y más á punto que oía las proposiciones de los insurrectos, que tentaban su ambición para que se pasase á ellos, y cuando los tuvo encima, mandó hacer fuego y dejó sembrado el monte de cadáveres y heridos.

La acción duró hasta las cinco y media de la tarde. Trujillo tenía perdida la tercera parte de su gente entre muertos y heridos, y no quedaban á sus soldados más que cinco cartuchos por plaza. Dispuso su retirada, no sin desmontar antes la batería enemiga que más le molestaba, y no sin abrirse paso con la punta de las bayonetas de dos compañías para desalojar á los insurgentes que se le opusieron, siguiéndole el resto de sus tropas en columna cerrada. Así se retiró aquel puñado de valientes, huyendo todo el camino é imponiéndose á la caballería que los seguía, la cual abandonó muy pronto la persecución.

Iturbide se distinguió notablemente en esta acción: Trujillo dice que cumplió con tino y honor cuanto le mandó, no separándose de su lado en tan difícil retirada. Además, cuando Mendivil fué herido, lo sacó del fuego, y montándolo en su caballo lo llevó consigo.



## VI

## Sorpresa y fusilamiento de Albino García

Iturbide que desde el primer momento se puso enfrente de la insurrección de Hidalgo, rechazando los deslumbradores ofrecimientos que éste le hizo en el comienzo de ella, asistiendo á la acción del Monte de las Cruces, de que acabamos de hablar, y declarando á los insurgentes una guerra sin cuartel, fué destinado á la persecución de las gavillas que se presentaron en otras partes mandadas por guerrilleros algo más temibles que Hidalgo, como era Morelos, por ejemplo, cura también como Hidalgo, como Hidalgo por generalísimo aclamado, no menos implacable y cruel en su odio á los españoles, pero que, al revés de como obraba su compañero, sólo quería á su lado gente útil para batirse y no grandes masas sin regimenterar, que sirven de estorbo más que de ayuda en las batallas.

Iturbide se condujo no menos bizarramente en su nuevo empleo, y por cierto que habiendo quedado mandando en Taxco con una parte del batallón de Tula, cuando este punto fué atacado por los insurgentes, lo defendió con singular denuedo, dejando el lecho de enfermo para mandar sus tropas. Tuvo Iturbide, sin embargo, que dejar este mando,

porque la tierra caliente no le probaba y lo puso al borde del sepulcro.

Entonces pasó á su país natal, Valladolid, como ayudante del teniente coronel Castillo Bustamante y en todas las acciones en que tomó parte dió pruebas de gran inteligencia y de un arrojo personal sorprendente.

Todavía era subalterno, todavía era capitán y se le confió ya una comisión difícil é importante. Tenían que enviarse á México las platas existentes en el mineral de Guanajuato, pero corrían peligro de caer en manos de Albino García, latro-faccioso de gran corazón, que hasta entonces venía burlándose de todas las persecuciones de que había sido objeto. A fin de que el convoy no corriese ningún peligro, Iturbide tenía que avisar de antemano al general Cruz y al brigadier Negrete, jefes situados en distintos puntos y que operaban en las provincias de Valladolid y Querétaro. Iturbide, atravesando un país infestado de partidas, marchó con sesenta hombres á desempeñar su comisión, y en seis días, recorriendo gran número de leguas, cumplió admirablemente su cometido.

Evacuada esta comisión, sugirió á su jefe el coronel García Conde la idea atrevidísima de sorprender al mismo Albino García, terror de toda la comarca en que operaba. Iturbide fué encargado de esta empresa, poniéndose á su disposición cincuenta dragones de



Puebla, setenta y cuatro de Frontera, diez y siete granaderos de la Corona y veinte soldados del Mixto. Debía suponer Albino García que las tropas que le hostilizaban, harto tenían que hacer con poner en seguridad el convoy, de modo que, habiendo forzado la marcha por la noche Iturbide con su pequeña columna, llegó á las dos de la madrugada al pueblo del Valle de Santiago, en donde estaba Albino, sin que nadie se apercibiese de su llegada. Todos dormían tranquilamente y despertaron con sobresalto al ruido que hacía la gente de Iturbide. «Aquí los granaderos de la Corona.» «Allá el batallón Mixto.» «¡Que ocupen los cañones las bocacalles!» «¡Listo el escuadrón de Frontera!» «Venga acá el de Puebla.» Y los de Albino García se creyeron perdidos, porque con estas voces pensaron que se las habían con toda la división de García Conde. Todavía quisieron resistir en algunos cuarteles, pero era ya tarde: la sorpresa se había verificado con toda felicidad. Trescientos hombres murieron de los insurgentes, ya en la acción, ya fusilados, todos ellos de los más bravos del Bajío, y Albino García y tres compañeros más, que Iturbide llevó consigo, fueron también fusilados después por García Conde.

Los oficiales y soldados que verificaron esta importantísima sorpresa eran todos mexicanos, con cuyo motivo decía Iturbide á su

inmediato jefe: «Para hacer algo por mi parte con objeto de quitar la impresión que en algunos estúpidos y sin educación existe, de que nuestra guerra es de europeos á americanos y de éstos á los otros, digo: que en esta ocasión ha dado puntualmente la casualidad de que todos cuantos concurren á ella han sido americanos sin excepción de persona, y tengo de ello cierta complacencia, porque apreciaría ver lavada por las mismas manos la mancha negra que algunos echaron á este país español, y convencer de que nuestra guerra es de buenos á malos, de fieles á insurgentes y de cristianos á libertinos.» Tal era entonces el lenguaje y tal la conducta del que, andando el tiempo, había de ser el verdadero autor de la Independencia.

Iturbide fué ascendido por el Virrey al grado de teniente coronel, y cuando llegó á México con García Conde acompañando el convoy de plata, todas las miradas se dirigían á él, y la multitud lo señalaba como á un héroe. ¡Proféticos anuncios de su elevación futura, revelaciones del destino anticipadas por el instinto de las muchedumbres, que adivinan á sus favoritos!



VII  
**Licéaga y Rayón. — Iturbide en Copero**  
 Volvió Iturbide al centro de operaciones que era el Valle de Santiago, y allí se dirigió al insurgente Licéaga, no con gran reputación de bravo, pero sí de emprendedor y activo. Retiróse Licéaga á la laguna de Yuriria, como á sitio seguro, y allí fortificó de una manera formidable dos islotes que había y unió por medio de una calzada. García Conde juzgó temerario é inútil tomar esta isla por la fuerza, cuando de ocupar las márgenes de la laguna tenían que rendirse los insurgentes que en aquella se guarecían, pero á la impetuosidad de Iturbide se resistían estas dilaciones. Diez y nueve combates sostuvo en cuarenta días, despidiendo de renemigos los alrededores, hasta que asoló su campo en Santiaguillo, frente á la isla, disponiendo por fin un desembarco por medio de ocho balsas y dos canoas protegidas á la vez por una balsa y una canoa provistas de artillería. Quemóse un gran repuesto de pólvora que tenían los de la isla, y este siniestro desalentó á sus defensores. Iturbide, considerando que iba á ser corta la resistencia, desdeñó tomar parte en la acción, y en efecto, los insurgentes se rindieron sin dar grandes muestras de sí, vi-

niendo todos á caer prisioneros ó á dar con el agua, huyendo de la caballería que los esperaba en las márgenes de la laguna, aludiendo á lo cual dice Iturbide con no escasa pedantería en su parte: «Miserables, ellos habrán conocido su error en aquel lugar terrible en que no podrán remediarlo! (Iturbide creía condenados á los insurgentes á todas las penas del infierno como excomulgados.) ¿Quizás su catástrofe triste servirá de escarmiento á los que están aún en disposición de salvarse!»  
 Todavía tenemos que narrar otro hecho de armas de Iturbide mucho más glorioso. Tenía á sus órdenes un destacamento de la Corona, el batallón mixto de infantería, el cuerpo de Frontera, un escuadrón de San Carlos, el de lanceros de Orrantía, un piquete de San Luis de caballería y una sección de artillería. Con estas tropas, no ciertamente muy numerosas, sitiaba á Salvatierra, ocupada por el insurgente D. Ramón Rayón, el jefe más caracterizado de los que estaban en armas contra el dominio español, y ciudad defendida por su posición, colocada en una altura que domina las escarpadas márgenes de un río que corre á sus plantas y que comunica con la orilla izquierda por medio de un puente de cinco varas de ancho. El Viernes Santo 16 de Abril de 1813, se aproximó Iturbide á la ciudad por la parte del puente á practicar un reco-



nocimiento: hiciéronle fuego los insurgentes y se retiró, con lo que cargaron reciamente sobre él, creyendo una victoria suya aquella retirada. Iturbide, que tenía aplazado el ataque para el día siguiente, comunicó rápidamente sus instrucciones á todas sus fuerzas, y «queriendo santificar el día—era Viernes Santo—aprovechando la oportunidad que el enemigo le proporcionaba,» cargó con ímpetu sobre el puente, llevando por delante al enemigo en completa dispersión, de modo que se apoderó de su artillería y ocupó la ciudad á la par que una columna que destacó por un vadó, sin que los insurgentes pudieran revolverse apenas y sin sufrir los disparos de aquella. Grabóse una medalla de honor para todos los individuos de tropa que habían tomado parte en este glorioso hecho de armas con esta inscripción: «Venció en el puente de Salvatierra,» y á Iturbide se le nombró coronel, dándole el mando del regimiento de infantería de Celaya y la comandancia general de la provincia de Guanajuato.

Iturbide estableció su cuartel general en el pueblo de Irapuato y en poco tiempo organizó la defensa de los pueblos principales de la provincia, obrando con su genial actividad. Construyó fortificaciones, formó cuerpos de patriotas, se buscó recursos para pagarlos, ahuyentó las partidas que infestaban la provincia, condujo felizmente todos los convoyes

que fueron necesarios y se manifestó inexorable en el castigo de los insurgentes que caían en su poder. Ni el sexo débil encontró piedad en él, dando cuenta al Virrey, al poner en su conocimiento las personas fusiladas, de «haberlo sido también María Tomasa Estévez, comisionada para seducir la tropa, y habría sacado mucho fruto por su bella figura, á no ser tan acendrado el patriotismo de estos soldados,» que en la guerra y sobre todo en regiones americanas, no hay recurso, por inmoral que sea, que no se emplee, y se pierde el pudor y hasta todo sentimiento humano.

Valiente, audaz, temerario, habíase manifestado Iturbide hasta entonces: faltábale acreditar su previsión y su prudencia, cualidades no menos necesarias á un buen capitán que el valor y la temeridad. Estas y aquellas acreditó y demostró á un tiempo en el sitio de Cópore. Era este punto un cerro áspero sólo accesible en su frente, el cual estaba defendido por cuatro baluartes regularmente construidos, tres baterías en los intermedios formadas con saquillos, un ancho fosó y como á distancia de cuarenta varas una fuerte trinchera ó estacada con ramas de espino. Al extremo izquierdo de este frente había una vereda apenas perceptible y poco practicable por lo tanto. Defendían esta posición casi inexpugnable setecientos hombres; cuatrocientos



con fusil y los restantes artilleros ó indios que debían hacer caer las peñas sobre los asaltantes, como nuestros antepasados en Covadonga, y la atacaban tres mil de todas armas á las órdenes del brigadier Llanos, con quien Iturbide á la sazón operaba. Celebrado consejo de guerra para acordar el asalto, Iturbide manifestó por escrito con gran copia de razones la imposibilidad de llevarle á cabo, bien que si se decidía, debía realizarse por el frente con tres columnas, á cuya cabeza se pondría él, porque de esta manera creía segura la victoria, cuando de intentar el asalto por la vereda de que hemos hablado, juzgaba inminente la derrota, porque se agolparían hacia aquel punto todos los sitiados, mucho más si á la par no se les atacaba de frente.

El brigadier Llano, decidido á dar el asalto, no siguió los consejos de Iturbide, y obtuvo el resultado que éste le anunció, aunque Iturbide, que mandaba la columna de ataque, después de salvar su responsabilidad por el mal éxito que preveía, no economizó precaución de astucia ó arranque de heroísmo para alcanzar el triunfo. No pudieron sorprender los soldados de Iturbide que subían uno á uno por la vereda, á la guarnición de Cópore, y fueron rechazados, aunque no con las pérdidas que eran de temer, pudiendo Iturbide decir en sus memorias, que tuvo la suerte de salvar las cuatro quintas partes de

la gente; que debía haber perecido toda en una acción cuyo éxito bien sabía que debía ser funesto; pero en que el pundonor militar no le permitió poner dificultades cuando se le dió la orden para el ataque.

Levantado el sitio de Cópore, Iturbide volvió de nuevo á su provincia de Guanajuato, en donde habían surgido nuevas partidas, y se situó otra vez en Irapuato. Siempre ansioso de acometer empresas extraordinarias, ambicionando ya hacer destacar su figura sobre todas, cuando vió medio pacificada su provincia, propuso reservadamente al Virrey verificar una sorpresa á los insurgentes que diera por resultado la captura del gobierno y congreso que tenían establecido y vagaban de lugar en lugar ó de bosque en bosque, según las circunstancias y apuros de la guerra. El plan era atrevido, pero no de imposible realización. Debíanse los insurgentes considerar completamente seguros colocados como estaban á larga distancia de todas las columnas que operaban contra ellos, y el plan de Iturbide se apoyaba precisamente en esto, porque dividiéndose su fuerza en pequeñas partidas que, forzando las marchas y caminando por veredas excusadas, se reunieran todas en un punto no distante de Ario, en donde estaban el gobierno y el congreso insurgentes, claro es que, cayendo sobre ellos antes de que pudieran recibir aviso de parte al-



guna, no tenían retirada y la operación se llevaba á cabo con toda felicidad. El Virrey aprobó este plan que se frustró al fin, porque al llegar al lugar de la cita á las nueve de la noche, tuvo que esperar algunas de las partidas sueltas que se extraviaron en el camino, las cuales se retardaron de cinco á seis horas, de modo que era imposible andar las diez y ocho leguas que faltaban para caer en Ario al amanecer y aplazando la operación para la noche siguiente, por más precauciones que tomó, tuvo de ella conocimiento el enemigo una ó dos horas después de la en que había calculado Iturbide caer sobre él al salir de Irapuato. Desesperóse Iturbide de no haber conseguido el objeto que se proponía con esta excursión y desfogó su ira, cebándose cruelísimamente en todos los insurgentes que hizo prisioneros, de los cuales ninguno alcanzó gracia, ya la pidiera su debilidad, ya su carácter inofensivo ó ya el mismo Iturbide la prometiera antes á los ruegos y lágrimas de los deudos y parientes de las víctimas.

## VIII

## Iturbide expoliador

No hay duda alguna de que Iturbide prestó valerosa ayuda á los españoles contra los insurgentes, sus compatriotas; pero sus servicios están manchados con crueldades infinitas y con infames expoliaciones. Una de las veces que vino á Guanajuato trajo consigo un cargamento de azogue y otros artículos mineros de primera necesidad para esta industria, los cuales vendió muy caros, estando en su mano como estaba, retardar el envío de otros cargamentos, siendo jefe de las fuerzas que custodiaban los convoyes, y si se agrega que los mineros tenían que hacer sus pagos en pasta de plata al ínfimo precio de cuatro pesos y medio el marco, porque el numerario escaseaba mucho, se comprenderá lo que este comercio activo y bien organizado producía á Iturbide, bien que arruinando la industria minera en aquel rico Bajío. El escándalo llegó á punto de que las casas principales de Querétaro y Guanajuato, á pesar de que todo el mundo estaba acobardado y temeroso de que por cualquier pretexto se le tratase como á insurgente, se quejaron vivamente al Virrey, tanto que éste, condescendiente y blando en demasía con los desmanes de un